Luis Beccaria-Néstor López

Reconversión productiva y empleo en Argentina

I. Introducción

En los últimos años se ha consolidado en Argentina un proceso –que ya había comenzado en años anteriores– destinado a modificar sustancialmente el patrón de crecimiento que, basado en la sustitución de importaciones, había dominado desde la posguerra.Por tanto, el país se encuentra actualmente transitando los tramos iniciales de una significativa reestructuración productiva.

La evaluación del nuevo modelo de acumulación puede tomar en cuenta diversas dimensiones. Las características que asuma el mercado de trabajo –especialmente en términos de la dinámica de la demanda, los niveles de las remuneraciones y la estructura distributiva– suelen ser consideradas de manera particular debido a su impacto sobre el bienestar de la población.

Pero además de las previsiones que puedan formularse acerca de los distintos aspectos que caracterizarían al nuevo esquema, existe otro asunto que es también sujeto de análisis: los rasgos del proceso de reestructuración, esto es, del período durante el cual las unidades productivas, los mercados y el Estado van adecuándose al nuevo marco regulatorio. No ha sido infrecuente que las dificultades asociadas a la transición puedan llegar a ser, finalmente, las que aborten experiencias de cambio, más allá de cuáles resulten los atributos del modelo al cual se apunta.

Este artículo pretende contribuir al estudio de la transición que ha iniciado la economía argentina en lo que hace a un aspecto particular: el mercado de trabajo. Los niveles y la composición de la ocupación suelen ser afectados por fuerzas de sentido a veces opuesto durante la reestructuración industrial. No se intenta efectuar una evaluación cuantitativa de estos eventuales impactos, sino enfatizar algunas evidencias que ya se están comenzando a

notar no obstante que el proceso es relativamente reciente. Se intenta, con esto, ayudar a delinear un panorama de los movimientos que pueden esperarse y, por tanto, a un mejor entendimiento de la etapa de transición. En especial, aparecen ya indicios de ciertas evoluciones que, de mantenerse en el tiempo, impondrían un peso adicional sobre ciertos segmentos de la población. Situaciones como éstas han justificado, en países que atraviesan o atravesaron procesos similares, la implementación de políticas compensadoras.

El trabajo consta de cuatro secciones además de la Introducción. En la sección II, con el objeto de poner en contexto la discusión posterior, se mencionarán brevemente los aspectos más salientes de la evolución del mercado de trabajo durante el período 1975-1990. Posteriormente, se describen algunos componentes del programa económico puesto en funcionamiento durante 1991. La sección IV aborda lo sucedido con el mercado de trabajo argentino en el período de 1991-1993. En la sección final se incluyen una serie de conclusiones que se desprenden del análisis realizado.

II. El mercado de trabajo entre 1975 y 1990

El comportamiento del mercado de trabajo –o de alguna de sus variables– durante los años setenta y ochenta ha sido analizado en diversos trabajos[1]. No es el objetivo de esta sección, por tanto, abundar en esta temática sino enfatizar ciertos aspectos que permitan poner en contexto la descripción de la evolución más reciente de la ocupación.

Entre 1975 y 1990, la producción agregada no mostró variaciones, lo cual implicó una reducción del 18% del PBI per cápita. El estancamiento productivo fue, sin embargo, sólo uno de los signos de la profunda inestabilidad macroeconómica que caracterizó a ese período. La inflación elevada y endémica, la brecha externa –que contribuyó al crecimiento de la deuda externa– y los significativos desequilibrios fiscales fueron otros aspectos claves.

El mercado de trabajo no podía substraerse a los efectos del estancamiento y la inestabilidad. La demanda de trabajo fue seriamente afectada, lo cual provocó –junto con el efecto de las alteraciones habidas en el marco institucional de la negociación salarial y del papel del Estado en la fijación de las remuneraciones – un

[1] Para mencionar sólo algunos: Diéguez, H. y Gerchunoff, P., "La dinámica del mercado laboral urbano en la Argentina, 1976-1981", en *Desarrollo Económico* Nº 93, 1984; Llach, J., "Estructura y dinámica del empleo en la Argentina: diagnóstico y perspectivas", en *Boletín Techint* Nº251, 1988; Monza, A., "La situación ocupacional argentina. Diagnóstico y perspectivas", en Minujin, A. (ed), *Desigualdad y exclusión*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1993.

CUADRO 1: Indicadores seleccionados 1975-1990

	1975	1990
Producto Bruto Interno (índice base 1975=100)		
Total	100,0	101,4
Per cápita	100,0	81,7
Total Areas Urbanas		
Tasa desocupación (%)	3,7	7,5
Tasa subocupación horaria (%)	5,4	9,1
Gran Buenos Aires		
% empleo informal (*)	38,3	41,6
% asalariados no registrados	21,5	27,6
% ingreso del 30% asalariados más pobres	13,5 (**)	11,4

(*) Cuenta propia, más asalariados en establecimientos menores de cinco ocupados, más servicio doméstico.
(**) Octubre de 1974
Fuente: Banco Central de la República Argentina; INDEC; Beccaria, L. y A. Orsatti, "Precarización laboral y estructura productiva: 1974-1988", en Galin, P. y Novick, M., *La precarización del empleo en la Argentina*, Centro Editor para América Latina, Buenos Aires, 1990; estimaciones propias sobre la base de datos de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC.

deterioro profundo y persistente de las remuneraciones. La tasa de desempleo se duplicó entre 1975 y 1990, mostrando el subempleo horario una evolución similar (Cuadro 1)[2]. Pero estos dos indicadores reflejan sólo en parte el aumento de la subutilización global: un análisis de la estructura del empleo permite identificar la presencia de los rasgos típicos del mecanismo de ajuste que se observa en mercados de trabajo de países en desarrollo. En efecto, durante el período bajo análisis se desaceleró fuertemente el crecimiento del empleo formal. Según estimaciones de Monza[3], mientras que la ocupación total (excluido el subempleo visible) aumentó 6% entre 1980 y 1990, el empleo "formal" se man-

[2] Esta evolución esconde diferencias significativas en la dinámica del desempleo y de otras variables ocurridas a lo largo del período. Para un análisis más detallado véase los trabajos citados en la nota 1.

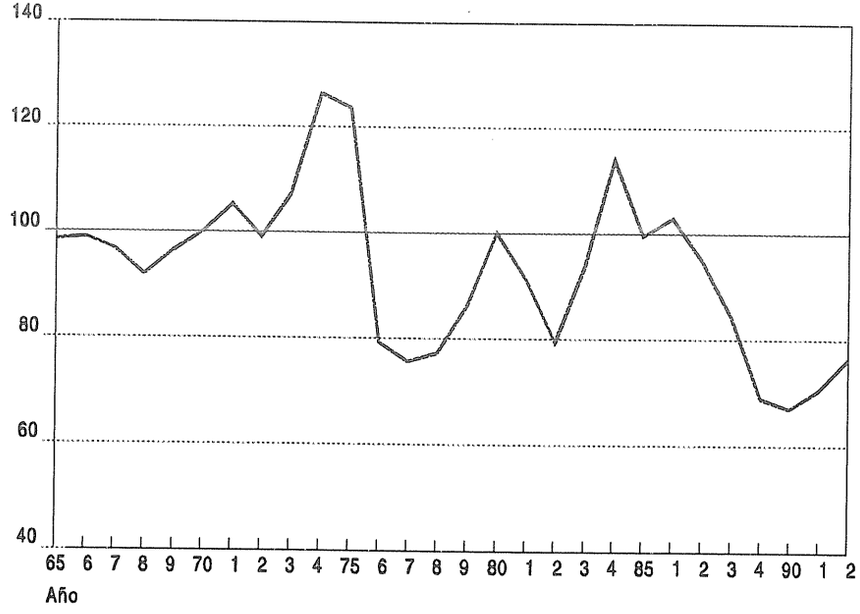
[3] Monza, A., 1993, *op. cit.*, pág. 89.

tuvo estancado. La brecha entre empleo formal e informal habría sido aun más amplia durante la segunda parte de los setenta a juzgar por lo acontecido en el Gran Buenos Aires. Este incremento de la informalidad estuvo también acompañado de una expansión de la importancia, absoluta y relativa, de los puestos precarios.[4]

La evolución del empleo formal repercutió sobre el nivel de las remuneraciones reales. En el Gráfico 1, el nivel promedio correspondiente al período que se inicia en 1976, cuando se observa la fuerte caída, es inferior aun a los de los años anteriores al pico de 1973-1975. Los salarios alcanzaron valores similares o superiores a los de dicho período sólo en 1980-1981 y en 1983-1986.

Como ya fue también señalado, no sólo conviene enfatizar la reducción del poder de compra de los sueldos y salarios registrada a lo largo de esos años, sino también el incremento en la desigualdad de la distribución de los mismos.[5]

Gráfico 1
Evolución de las remuneraciones medias de la economía (1970 = 100)



Fuente: Hasta 1979: Llach, J. y Sánchez, C., "Los determinantes de salario en la Argentina", *Estudios* Nro.29; 1980 a 1992: Indicadores de ingresos reales del trabajo: 1980-1992, Informe 12, Proyecto ARG/92/009, MTSS-OIT-PNUD.

III. Las principales características de la política económica desde 1991

Con la instalación del nuevo equipo económico a fines de enero de 1991 se pone en marcha un programa destinado a lograr la estabilidad macroeconómica y a consolidar profundos cambios, algunos de ellos ya iniciados previamente, en los marcos regulatorios del proceso económico.

Hacia fines de 1990, la política monetaria destinada a controlar la inflación provocó una fuerte apreciación real del austral. Este hecho, junto con los problemas fiscales que se acumulaban, generaron una presión compradora en el mercado de cambios que elevó el precio de la divisa. Para hacer frente a esta situación, las nuevas autoridades aumentaron el tipo de cambio y permitieron su flotación dentro de una banda reducida; simultáneamente, se tomaron un conjunto de medidas tendientes a recuperar los ingresos fiscales. Hacia fines de marzo, el nuevo tipo de cambio fijo fue sancionado legislativamente. La ley establecía la convertibilidad de todo el circulante y la prohibición de emitir dinero sin el correspondiente respaldo en activos externos.

El incremento de la recaudación real se basó inicialmente en un aumento de las alícuotas de ciertos impuestos –básicamente, el IVA– y en el efecto de la caída de la inflación. Se promovieron también cambios en la administración tributaria que permitieron reducir significativamente la evasión, constituyéndose este fenómeno en una fuente de mejora de la recaudación [6], uno de los aspectos más destacados de la política económica iniciada en 1991.

Los efectos del paquete fueron rápidos y, en particular, la inflación se redujo velozmente: la variación del índice de precios al consumidor alcanzó el 3%[7] en mayo y valores cercanos al 1% hacia fines de año. La estabilidad permitió, por un lado, mejorar levemente el poder de compra de las remuneraciones y, por el otro, difundir el crédito de consumo. Este último fenómeno posibilitó un significativo crecimiento de la demanda doméstica que, si bien fue generalizado, tuvo particular relevancia para los bienes durables. El mercado inmobiliario también se vio

[4] Véase, por ejemplo, Beccaria, L. y A. Orsatti, 1990, *op. cit.*, en especial Cuadros 4 y 8.

[5] Beccaria, L., "Distribución del ingreso en la Argentina. Explorando lo sucedido desde mediados de los setenta", en *Desarrollo Económico*, Nº 123, 1991.

[6] Los incrementos logrados en la recaudación tributaria más que compensaron los efectos de la reducción de las tasas sobre el comercio exterior (ver más abajo).

[7] Esa tasa oscilaba alrededor del 7% entre octubre de 1990 y enero de 1991 y se había elevado al 27% en febrero, producto de la devaluación y otras medidas (como la elevación de ciertas tarifas).

favorecido por un mayor acceso al crédito, lo cual permitió la recuperación de la construcción, actividad que había atravesado un largo período de estancamiento. Las inversiones de las empresas privatizadas contribuyeron, asimismo, a la expansión de la demanda interna.

La fuerte entrada de capitales que se inició en el año 1991 –derivado de la mayor confianza que generaba la estabilidad y la orientación de la política económica, pero también de lo que sucedía en el mercado financiero internacional– facilitó el crecimiento de la demanda. Ella incrementaba la liquidez doméstica y alejaba las dificultades que podría provocar el mayor desequilibrio de la cuenta corriente externa.

Respecto de los cambios en el marco regulatorio, se continuó con el programa de apertura de la economía, desregulación de los mercados y privatizaciones. Se eliminaron los derechos a las exportaciones y se redujeron los aranceles a la importación,[8] así como las restricciones cuantitativas. En 1991 se sancionó la Ley Nacional de Empleo, que introdujo un elemento de flexibilización laboral al crear modalidades de contratación a tiempo determinado. Se están discutiendo actualmente nuevas modificaciones destinadas a profundizar esta tendencia y alterar el marco de las negociaciones colectivas, promoviendo su descentralización. Recientemente, se dictaron las primeras normas ordenadas para reducir los impuestos al trabajo, y se puso en marcha el nuevo régimen jubilatorio, uno de cuyos componentes es un sistema de capitalización administrado por el sector privado.

Si bien, como se señaló, el proceso de reducción de la tasa de inflación fue significativo, el mismo fue acompañado por un cambio importante en los precios relativos a favor de los no transables. Entre marzo de 1991 y octubre de 1993, el índice de precios al consumidor se incrementó en 53% mientras que el de precios mayoristas no agropecuarios lo hizo en sólo el 4%. Esta revaluación real, aunada a la disminución de la protección arancelaria, afectó negativamente la competitividad de la industria nacional, produciéndose un fuerte crecimiento de las importaciones. Si bien las exportaciones industriales también crecieron, no proliferaron nuevos emprendimientos de envergadura destinados a aumentar la capacidad exportadora.

Por tanto, la reducción de la protección arancelaria, el atraso cambiario y el aumento de la presión fiscal dificultaron que el crecimiento del producto fuese generalizado. La demanda de varias líneas de producción industrial fue absorbida por las importaciones y muchas firmas no pudieron continuar produciendo, mientras que el resto debió realizar importantes adecuaciones tendientes a disminuir costos. Precisamente, varias de las reformas introducidas o propuestas buscaron no sólo reducir la intervención estatal para favorecer las inversiones, sino que además tuvieron el objetivo explícito de eliminar o atenuar los costos de ciertas regulaciones.

[8] El promedio de los aranceles se ubicó en el 10% (era del 26% en octubre de 1989) mientras que el máximo era de 22%. Los acuerdos del Mercosur significaron que la protección promedio fuese aun inferior a aquel valor. Véase Kosacoff, B., "La industria argentina: un proceso de reestructuración desarticulada", en Kosacoff, B., *et. al*, *El desafío de la competitividad*, Buenos Aires, CEPAL/ Alianza Editores, 1993, págs. 41-2 y Bouzas, R.,"Más allá de la estabilización y la reforma? Un ensayo sobre la economía argentina a comienzos de los '90", en *Desarrollo Económico* Nº 129, pág.15.

IV. El mercado de trabajo argentino desde 1991

1.Tendencias generales

En la experiencia internacional, los procesos de reestructuración productiva han tendido a afectar negativamente a la demanda de empleo formal y al poder de compra de las remuneraciones, durante un período más o menos prolongado. Tal resultado obedece a que los nuevos –y más bajos– niveles de protección comercial descolocan a muchas actividades domésticas, reduciendo sus porciones de mercado y provocando, incluso, cierres de líneas de producción con la consecuente desaparición de puestos de trabajo. El análisis que se encara en este trabajo sobre algunos efectos de la reconversión en Argentina parece particularmente apropiado, ya que su inicio se verificó conjuntamente con una fase de recuperación del nivel de actividad. Esta situación ha generado un panorama más matizado que el observado al principio de otros procesos de reestructuración económica, y ha dado lugar a interpretaciones diversas sobre el comportamiento del mercado de trabajo.

Tal como ya se señaló, el objetivo central de este trabajo es analizar algunos efectos del proceso de reestructuración productiva que está atravesando Argentina. Tal análisis parece particularmente apropiado por el hecho de que las evidencias –y las interpretaciones que sobre ellas se han hecho– tienden a delinear un panorama más complejo y difuso que el observado al inicio de procesos de reestructuración que han tenido lugar en otros países.[9]

En efecto, durante todo el período que va desde el comienzo del programa de convertibilidad hasta fines de 1993, la ocupación crece aproximadamente un 5% para el conjunto de los aglomerados urbanos considerados [10] (Cuadro 2).[11] Si bien

[9] Véase, por ejemplo, García, N. "Reestructuración económica y mercado de trabajo en América Latina", en *Estudios del Trabajo* Nº 2, 1991, pág. 49.

[10] En todo este trabajo, la información sobre ocupación y desocupación se ha basado en los datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del INDEC. Las cifras con las que se trabajaron abarcan al Gran Buenos Aires y a otras trece ciudades: Gran Catamarca, Comodoro Rivadavia, Paraná, Formosa, Posadas, Gran Mendoza, Neuquén, Gran San Juan, Río Gallegos, Santa Fe, Ushuaia y Río Grande, Gran La Plata y

Cuadro 2

Tasas de crecimiento de la población, la ocupación y la desocupación. GBA y aglomerados seleccionados del interior, Mayo 1991 a Octubre de 1993 (%)

	Mayo 91 Mayo 92	Mayo 92 Mayo 93	Mayo 91 Mayo 93	Oct. 91 Oct. 92	Oct. 92 Oct. 93	Oct. 91 Oct. 93	Mayo 91 Oct. 93
Total							
Población	1,5	1,5	2,9	1,5	1,5	2,9	3,6
PEA	2,0	6,6	8,7	3,5	3,6	7,2	7,6
Ocupados	2,1	2,8	5,0	2,4	0,9	3,3	4,8
Plenos	2,5	1,6	4,1	2,0	-0,8	1,1	3,5
Subocupados	-1,5	16,5	14,7	6,9	19,9	28,2	18,8
Desocupados	0,3	57,2	57,6	21,7	39,1	69,2	44,5
GBA							
Población	1,2	1,2	2,3	1,2	1,2	2,3	2,8
PEA	2,4	8,0	10,6	3,4	5,0	8,6	8,9
Ocupados	2,1	3,4	5,5	1,9	1,8	3,7	5,0
Plenos	2,2	2,2	4,4	1,4	-0,7	0,7	2,9
Subocupados	1,1	16,5	17,8	7,8	30,9	41,2	28,7
Desocupados	7,3	73,5	86,1	30,7	50,5	96,7	65,9
Aglomerados interior							
Población	2,2	2,2	4,5	2,2	2,2	4,5	5,5
PEA	0,9	2,5	3,5	3,9	-0,4	3,4	4,1
Ocupados	2,3	1,3	3,6	3,8	-1,5	2,2	4,3
Plenos	3,4	-0,3	3,2	3,7	-1,2	2,5	5,2
Subocupados	-7,5	16,5	7,7	5,0	-4,8	-0,0	-3,9
Desocupados	-13,3	17,9	2,2	4,8	12,2	17,6	2,8

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de EPH.

este aumento del empleo supera al incremento de la población, la oferta de trabajo muestra un crecimiento más elevado, por lo que un importante número de personas pasó a engrosar las filas de los desocupados, incrementándose el número de éstos en un 45%.

Cabe destacar, sin embargo, la diversidad de situaciones que se presentan en las distintas áreas urbanas del país. Desagregando el análisis entre lo que acontece en el Gran Buenos Aires y en las otras trece ciudades para las cuales se cuenta con información, se observan dos situaciones diferenciadas. La población, la oferta de trabajo y el empleo registran, en el este último conjunto, un crecimiento de similar magnitud, por lo que el incremento de la desocupación es reducido en comparación con el verificado en el Gran Buenos Aires. Este aglomerado –que determina la evolución comentada más arriba para el conjunto de las áreas urbanas consideradas – exhibe, en cambio, un elevado crecimiento del desempleo (66%), producto de una fuerte expansión de la tasa de actividad que provocó un aumento del número de activos del 9%. Paralelamente, el empleo total crece a un ritmo relativamente elevado (5%) que casi duplica el exhibido por la población.

A la luz del comportamiento de estas variables agregadas que, como se señaló, comienza a verificarse desde el inicio mismo del programa, se avizoró –desde diferentes ámbitos– que la Argentina podría atravesar la reconversión sin un empeoramiento marcado de los niveles de empleo. Por el contrario, se ha argumentado que sería posible absorber paulatinamente no sólo el crecimiento de la oferta sino también parte de la subocupación preexistente. Así, por ejemplo, en un documento oficial[12] se proyectaba una expansión del empleo del 3% anual entre 1992 y 1995.

Sin embargo, una lectura más detallada de las cifras relativas a la evolución de la ocupación desde 1991 lleva a cuestionar esa visión. Ella apunta a señalar un significativo debilitamiento del crecimiento de la ocupación en 1993, llegando a regis-

Gran Rosario. Si bien la EPH releva datos para 25 centros urbanos del país, no fue posible contar con resultados con la suficiente desagregación para todos ellos.

[11] Para el cálculo de las evoluciones presentadas en esta sección se computaron valores de los números de activos, desocupados y ocupados, aplicando las tasas y estructuras de la EPH a estimaciones exógenas de la población total. Estas últimas surgieron de aplicar a los datos del censo de 1991, la tasa de crecimiento intercensal 1980-1991. Este procedimiento para estimar valores absolutos es similar al empleado en la producción de datos oficiales de encuestas de hogares de algunos países. Por ejemplo, en la Encuesta Corriente de Población de los Estados Unidos, la estimación inicial de los valores absolutos –que surge de expandir los valores muestrales de acuerdo a los factores de ponderación de la muestra– es luego ajustada para llegar a las cifras de población total estimadas de manera independiente por métodos demográficos. (Véase, por ejemplo, U.S. Department of Commerce, *An error profile: employment as measured by the Current Population Survey Statistical Policy* . Working Paper 3, Washington, 1978, págs. 53-9). Este procedimiento puede agregar al error muestral que ya tienen las estimaciones de las tasas y relaciones, el proveniente de la estimación de población.

[12] Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, 1993, *Argentina en crecimiento 1993-1995*, Vol. II, Cuadro 1.3.

trarse un descenso durante ese año en el número de ocupados plenos[13]; por su parte, el trabajo formal ya venía reduciéndose desde 1992. Se estaría evidenciando –de esta forma– la prevalencia de los factores que han estado presentes en las primeras etapas de los procesos de reconversión productiva en otros países y que fueron arriba mencionados. Este diagnóstico tiene también sustento en los cambios que van perfilándose en la estructura del empleo.

Antes de pasar a este último tema, se discutirá en el próximo apartado de esta sección la evolución de la tasa de desempleo y el impacto que ha tenido sobre ella el comportamiento de la oferta de trabajo. La discusión estará centrada en el Gran Buenos Aires, aglomerado para el cual se cuenta con algunos datos no disponibles para el resto. Se ha incluido este corto tratamiento del tema debido a la polémica instalada alrededor de ciertos argumentos explicativos del crecimiento exhibido por la tasa de actividad. Sin embargo, esta discusión –si bien no carece de relevancia analítica y práctica– no parece echar luz sobre el comportamiento de la demanda de trabajo, aspecto más relevante no sólo porque califica ciertos comportamientos de los indicadores agregados, sino porque sugiere cuál ha sido la respuesta de las firmas ante la reconversión, y cuál puede ser el comportamiento en un período más o menos inmediato.

2. Desempleo y cambios en la oferta de trabajo en el Gran Buenos Aires

Tal como se apreció en el Cuadro 2, en el transcurso de los dos años y medio posteriores a la entrada en vigencia del plan de convertibilidad se verifica un importante crecimiento de las tasas de desocupación. El mismo se debe a un atípico aumento de la oferta laboral, que no logra insertarse en el mercado de trabajo, a pesar de la expansión del empleo. Como se desprende de los datos allí exhibidos, el incremento del desempleo se concentra, casi en su totalidad, en el segundo año del período analizado; con anterioridad, el crecimiento había sido lento y afectaba sólo a las mujeres y no jefes de hogar.

La magnitud del incremento de la oferta laboral llevó a la búsqueda de explicaciones que permitieran dar cuenta del fenómeno. Al respecto, se manejaron básicamente dos hipótesis. Una de ellas plantea que, con anterioridad a 1991, un importante

[13] Se denominan aquí "ocupados plenos" a los empleados que no se clasifican como "subocupados horarios". Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que muchos de ellos pueden estar subempleados por otros motivos: desarrollar actividades de baja productividad u ocupar puestos para los que están sobrecalificados, por ejemplo.

número de personas en edad de trabajar permanecían económicamente inactivas, desalentadas por la escasez de puestos de trabajo acorde a sus expectativas – fenómeno conocido como "desocupación invisible" –. En el marco del crecimiento económico que se verifica desde ese año, la situación se revierte y estas personas salen a ofrecer su fuerza de trabajo. Desde esta perspectiva, el paulatino crecimiento de la demanda irá absorbiendo a esta oferta, con la consecuente reducción de la desocupación.

La otra hipótesis –que suele denominarse en la literatura como la "del trabajador adicional"– plantea que la irrupción de un importante número de personas en la búsqueda de un empleo se debe a la situación de escasez de recursos en que se encuentra gran parte de los hogares, lo cual lleva a la necesidad de que miembros que desarrollan típicamente actividades no económicas deban salir a trabajar, y proveer así ingresos extras.

En el debate planteado alrededor de la evolución reciente de la oferta, ambas hipótesis fueron consideradas como alternativas. Cabe destacar, sin embargo, que los motivos que llevaron a muchas personas a ofrecer su fuerza de trabajo pueden ser explicados por una u otra, dependiendo de su calificación laboral, su nivel socioeconómico, etc.

La información disponible arroja algunas evidencias sugerentes, pese a sus limitaciones. El flujo de personas desde la inactividad hacia el mercado de trabajo, que se verifica en el período comprendido entre octubre de 1992 y mayo de 1993, es un 15% mayor al correspondiente al mismo período un año antes ¿Por quiénes está compuesto este incremento en el flujo?

Los datos presentados en el Cuadro 3 permiten hacer una caracterización de este grupo, en términos de edad, sexo y posición en la estructura del hogar. Los mismos muestran que quienes más salieron a ofrecer su fuerza de trabajo son fundamentalmente personas mayores de 50 años y las mujeres, grupos que comparten habitualmente las tasas específicas de actividad más bajas. En cuanto a su relación de parentesco, es significativo el incremento de los jefes de hogar varones, y de las cónyuges.[14] La inactividad entre los jefes de hogar mayores de 50 años responde casi exclusivamente al término de su ciclo de vida laboral, por lo que su reinserción al mercado de trabajo muy probablemente responda al deterioro que sufrieron los haberes del sector pasivo en los últimos años.

[14] Por el efecto combinado de pautas culturales de la región y del modo en que se define al jefe de hogar en la Encuesta Permanente de Hogares, prácticamente no se registra la presencia de cónyuges de sexo masculino.

Cuadro 3

Cambio en el tamaño de los flujos desde la inactividad hacia la actividad económica en los períodos oct. 91-mayo 92 y oct. 92-mayo 93 GBA

	PEA	Ocupación	Desocupación
Total	15.1	-5,5	125,1
Edad			
Hasta 24	3,8	-20,4	96,0
25 a 49	11,4	-0,4	79,8
50 a 64	33,8	-4,9	560,1
65 y más	78,4	56,6	512,9
Sexo			
Varones	12,9	-5,0	116,2
Mujeres	16,3	-5,8	129,5
Relación de parentesco			
Jefes	54,8	31,6	236,7
Varones	63,5	31,2	484,2
Mujeres	43,8	32,2	102,8
Cónyuges	20,1	-0,5	179,0
Hijos	2,5	-20,2	98,3
Otros	-18,8	-29,6	15,0

Fuente: Sobre la base de datos de EPH.

Por otra parte, es de destacar que, si bien el flujo hacia la población económicamente activa aumentó, este incremento es absorbido en su totalidad por el crecimiento de la desocupación. En efecto, en dicho período el flujo hacia la desocupación creció 125%, en tanto que el correspondiente a la ocupación muestra una leve reducción.

Si bien el incremento de la población activa no se concentra exclusivamente en los grupos descriptos –ya que también contribuyó la mayor oferta de otros sectores cuyo comportamiento podría reflejar la emergencia del desem-

pleo oculto– los datos presentados sugieren que la mayor parte del incremento registrado por el flujo de inactivos hacia la actividad reflejaría el comportamiento de los hogares que han experimentado episodios de desempleo o en los que han persistido los bajos ingresos.

Otro hecho refuerza esta conclusión. En efecto, parece razonable considerar que la emergencia de desempleo oculto debería ser provocada por el incremento de vacantes. Por lo tanto, el hecho de que el aumento más significativo de la tasa de actividad ocurra con posterioridad a mayo de 1992 –período durante el cual se estanca o reduce el empleo asalariado[15]– echa nuevas dudas sobre la relevancia del efecto desaliento. Tal conclusión se mantiene aun cuando se sostenga que la oferta responde con cierto rezago a los cambios en la demanda de trabajo: el aumento de la participación económica continúa aún durante la segunda parte de 1993, casi un año después del momento en que comienza el estancamiento del empleo asalariado.[16]

3. La dinámica de la ocupación

Como se adelantó en el punto anterior, entre mayo de 1991 y octubre de 1993 la ocupación total del conjunto de los catorce centros urbanos considerados aumentó a una tasa anual del 2%, superior a la exhibida por la población total de esas áreas (1,5%). Es posible identificar, sin embargo, un conjunto de circunstancias que califican la visión que pudiese extraerse sobre el desarrollo del mercado de trabajo urbano –y sobre las perspectivas de la dinámica futura– a partir de la sola lectura de estas cifras.

En primer lugar, cabe consignar que durante 1993 se revierte el signo de la evolución del empleo total: entre mayo y octubre el mismo se reduce a una tasa equivalente al 0,6% anual (Cuadro 4). Esta evolución obedece fundamentalmente a lo acontecido en el Gran Buenos Aires –donde la ocupación se redujo a un rítmo equivalente al 1,3% anual– ya que en el interior continúa la expansión a un ritmo similar al experimentado entre mediados de 1992 y de 1993.

En segundo lugar, a lo largo del período se produjo un fuerte crecimiento de la tasa de subocupación horaria. Esto significó que el número de ocupados plenos (definidos como los ocupados a tiempo completo y los ocupados a tiempo parcial voluntarios) haya crecido durante el período mayo de 1991 – octubre de 1993 un 1,4% anual, tasa bastante menor a la

[15]Véase la próxima sección.

[16]Las estimaciones de oferta de trabajo tienden a considerar rezagos cortos (por ejemplo, Lloyd, C. y B. Niemi, "Sex differences in labor supply elasticity. The implication of sectoral shifts in demand," en *American Economic Review*, Vol 68, Nº 2, mayo, 1978) o ningún rezago (Sánchez, C., F. Ferrero y W. Schulthess, "Empleo, desempleo y tamaño de la fuerza laboral en el mercado de trabajo urbano de la Argentina," en *Desarrollo Económico* Nº 73, 1979, págs. 67-8.

mencionada más arriba respecto del empleo global y similar a la de la población total. Entre esos meses, el número de subocupados horarios aumentó a una tasa anual del 7,4%. Nuevamente, tal comportamiento obedeció a lo sucedido en el Área Metropolitana ya que en el interior del país los subocupados crecieron en mucho menor medida hasta mayo de 1993, para exhibir una fuerte reducción durante el resto del año 1993.

Este comportamiento de la ocupación plena y la subocupación horaria que se observa entre los extremos del período considerado oscurece, sin embargo, algunas diferencias que se han dado a lo largo del mismo. Al igual que lo señalado para el empleo total, la ocupación plena mostró un mayor dinamismo durante los dos primeros años: entre mayo de 1991 y mayo de 1993 creció al 2%, rítmo superior al de la población total. Por el contrario, y como se deduce de lo ya señalado, se observa una reducción durante 1993 que alcanza al 1,5% en términos anuales. Hacia el final del período, por tanto, la contracción del empleo pleno es mayor que la registrada para el empleo total.

De lo anterior se desprende el cambio –inverso al recién comentado– en la dinámica de la subocupación: mientras que entre mayo de 1991 y mayo de 1992 el aumento del empleo total obedeció a lo sucedido con la ocupación plena, en el año y medio posterior la primera redujo su ritmo de crecimiento pero la cantidad de subocupados creció a tasas muy elevadas (Cuadro 2).

En tercer lugar, la consideración de las dimensiones más usuales del empleo –rama, categoría, tamaño del establecimiento (Cuadro 4) – permite echar luz sobre las características de la evolución del empleo pleno. Nuevamente, al analizar los cambios habidos en la estructura del empleo, según estas perspectivas, surge la necesidad de distinguir dos períodos con comportamientos marcadamente diferentes. En este caso, las modificaciones más significativas ya se registran a partir de mediados de 1992, [17] y no durante 1993 como sucede con la tasa de crecimiento del empleo pleno y total.

Entre mayo de 1991 e igual mes de 1992 –durante el primer año del programa de convertibilidad– el aumento de la ocupación plena estuvo basado en el crecimiento que mostraron los puestos asalariados (4%) ya que se redujo la cantidad de trabajadores por cuenta propia y otros no asalariados. Este comportamiento resulta perfectamente claro en el Gran Buenos Aires ya que en el interior, si bien también crece el empleo asalariado, lo hace a una tasa más baja (semejante a la exhibida por la población total) y similar a la de los no asalariados.

Los datos para el Gran Buenos Aires permiten, adicionalmente, verificar que en ese mismo período

[17] Cabe aclarar que al contarse con información referente a sólo dos meses de cada año (mayo y octubre, cuando se levanta la Encuesta Permanente de Hogares) no es posible ubicar exactamente el momento donde se produce el cambio de comportamiento que se está comentando.

Cuadro 4

Evolución de la composición del empleo. GBA y aglomerados del interior seleccionados, Mayo de 1991 a Octubre de 1993

	Base mayo 1991 = 100				Tasas anuales de crecimiento				
	May 91	May 92	May 93	Oct 93	M 91 M 92	M 92 M 93	M 93 O 93	M 92 O 93	M 91 O 93
Total									
Ocupados	100	102,1	105,1	104,8	2,1	2,9	-0,6	1,9	2
Industria	100	107,5	101,7	98,8	7,5	-5,3	-6,7	-5,7	-0,5
Construcción	100	110	103,4	111,3	10	-6	19,5	0,9	4,5
Comercio	100	99,2	110,1	113,5	-0,8	11	7,4	9,9	5,4
Servicios	100	100,3	104,5	101,7	0,3	4,2	-6,3	1	0,7
No asalariados	100	97,9	108,5	107,9	-2,1	10,8	-1,4	7,1	3,2
Asalariados	100	104	103,5	103,4	4	-0,4	-0,2	-0,4	1,4
GBA									
Ocupados	100	102,1	105,6	105	2,1	3,4	-1,3	2	2
Industria	100	109,1	102,6	99,4	9,1	-6	-7,3	-6,4	-0,3
Construcción	100	111,1	101,7	110,4	11,1	-8,5	21,9	-0,4	4,2
Comercio	100	98,7	110,8	115,6	-1,3	12,2	10,9	11,8	6,2
Servicios	100	98,9	105,2	102,3	-1,1	6,3	-6,4	2,4	0,9
No asalariados	100	96,3	107,3	107,3	-3,7	11,4	0	7,9	2,9
Asalariados	100	104,6	104,8	104	4,6	0,2	-1,9	-0,4	1,6
hasta 25	100	103,3	125,3	120,3	3,3	21,3	-9,2	11,4	8,0
más de 25	100	105,6	88,8	91,2	5,6	-15,9	6,7	-9,8	-3,7
Interior									
Ocupados	100	102,2	103,6	104,2	2,2	1,4	1,4	1,4	1,7
Industria	100	100,1	97,8	96,3	0,1	-2,2	-3,7	-2,6	-1,5
Construcción	100	107,3	107,3	113,4	7,3	0	14,2	4	5,3
Comercio	100	100,6	108,4	107,5	0,6	7,8	-2	4,8	3
Servicios	100	103,7	102,8	100,2	3,7	-0,9	-6,1	-2,4	0,1
No asalariados	100	102,3	111,7	109,5	2,3	9,3	-4,8	4,9	3,8
Asalariados	100	102,1	99,9	101,8	2,1	-2,2	4,7	-0,2	0,7

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de EPH.

se expande el número de obreros y empleados que trabajan tanto en unidades de bajo grado de formalidad –hasta 25 ocupados– como en establecimientos medianos y grandes; entre estos últimos, el incremento fue incluso superior y ascendió al 5,6%.

Desde el punto de vista sectorial[18], fueron la industria –en el Gran Buenos Aires– y la construcción los que explican ese comportamiento. En el sector manufacturero también se apreció –en el Gran Buenos Aires– que todo el incremento se produjo en los establecimientos con 25 ocupados o más ya que descendió el empleo en los más pequeños.

Los rasgos que asume la evolución del empleo entre mayo de 1992 y octubre de 1993 son, sin embargo, marcadamente diferentes a los del año anterior, aun cuando la dinámica de la producción no se alteró sustancialmente. En efecto, si bien la tasa anual de crecimiento de la ocupación total fue del 1,9%, sólo algo inferior a la de 2,1% comentada más arriba para el período mayo de 1991-mayo de 1992, la expansión registrada durante el período más reciente se debió íntegramente al aumento de los trabajadores no asalariados: su número creció un 7%, mientras que el de obreros y empleados se mantuvo prácticamente constante (se redujo a un ritmo anual del 0,4%). Más aún, las cifras del Gran Buenos Aires (Cuadro 4) permiten comprobar que esa caída del empleo asalariado se debe fundamentalmente a la reducción de los trabajadores de establecimientos medianos y grandes (con planteles de 25 personas o más), cuyo número se redujo a una tasa anual del 9,8%. Los establecimientos menores, por el contrario, vieron crecer su empleo a un ritmo de poco más del 11% anual. Si bien no todas las unidades menores son informales, la evidencia señala una tendencia hacia la informalización y el consecuente incremento de otras manifestaciones de la subocupación, aparte de la horaria a la que se hizo referencia más arriba. Resultan consistentes, en este sentido, los cambios que se aprecian en la estructura sectorial del empleo, la que volvió a sesgarse hacia la construcción y el comercio, y que exhibió una fuerte caída de la industria.

En resumen, las cifras de la evolución del tamaño y la estructura del empleo permiten comprobar que, hacia fines del período considerado (a lo largo de 1993), se observan signos evidentes de un debilitamiento de la ocupación total y, especialmente, de la plena. Asimismo, ya a partir de mediados de 1992 el crecimiento del empleo pleno estaba basado en su mayor parte en la expansión de la informalidad.

[18]El INDEC ha modificado en 1991 la codificación de las ramas de actividad, cambio que se ha ido instrumentando en las ciudades del interior en los años posteriores. Estas diferencias en la categorización de las ramas llevó a la necesidad de individualizar sólo las cuatro categorías presentadas en el Cuadro 4. Si bien la comparabilidad de los datos presenta algunas dificultades, se considera que las imprecisiones que puedan resultar de ello no afectan a las tendencias discutidas.

4. Acerca de la estructura de la desocupación

El debilitamiento de la demanda de trabajo que se observó en algunos países industrializados –especialmente, los europeos– desde mediados de los años 70, estuvo acompañado no sólo de un incremento de la desocupación sino también de cambios en su estructura. Por un lado, la persistencia de un flujo reducido de nuevas vacantes generó un incremento de la participación de aquellos que experimentan largos episodios de desocupación.[19] Por otro, se destaca el aumento de la proporción de desocupados con edad avanzada –alrededor de y superiores a 45 años–. Esta evolución de la estructura etárea se debe, en buena medida, a los efectos del proceso de reestructuración del aparato productivo. En un episodio cíclico recesivo, las firmas tienden a desprenderse inicialmente de los trabajadores más jóvenes y con menor antigüedad. Por el contrario, la empresa que enfrenta una renovación de su proceso productivo tiende a mantener al personal más joven. Al ser mayor su permanencia esperada en el puesto de trabajo, la tasa de rentabilidad de la inversión en entrenamiento específico que la firma deba realizar es más alta en relación a aquellos con mayor edad.

Por su parte, como los desocupados de más edad tienen una reducida probabilidad de cubrir las nuevas vacantes,[20] se potencia la tendencia a incrementar la duración media de los episodios de desempleo.[21] Este mismo fenómeno –el haber estado sin trabajo durante un período prolongado– refuerza, a su vez, su menor "empleabilidad".

El crecimiento del desempleo en esos países ha estado acompañado, entonces, de una tendencia a la conformación de un "núcleo duro" de desocupados, cuyas probabilidades de transición hacia la ocupación son más reducidas que para el resto de los buscadores de trabajo. Este núcleo estaría integrado por aquellos con edades superiores a 45 o 50 años y por los que han experimentado largos episodios de desocupación. Si

[19]La mayor proporción del crecimiento de la tasa de desocupación obedeció a un aumento en la duración media de los episodios de desempleo ya que el ritmo de entrada de personas a la desocupación no se incrementó. (Véase, por ejemplo, Layard, R., S. Nickel y R. Jackman, *Unemployment*, New York, Oxford University Press, 1991, págs. 225-8). Tal resultado refleja la reducción de las vacantes disponibles y, eventualmente, de un incremento de la relación desempleo/vacantes. Como se señala en una nota próxima, algunos postulan que este último fenómeno se derivaría –en parte, al menos– de una menor intensidad de búsqueda debido a mejoras en los beneficios que recibieron los desocupados.

[20]Se argumenta, por ejemplo, que tienen experiencia en tecnologías que están siendo reemplazadas.

[21]Como se indicó en una nota anterior, suele argumentarse que la duración media de la desocupación está influenciada positivamente por la magnitud de los seguros o subsidios por desocupación. Sin embargo, la evidencia está lejos de ser conclusiva. Para una discusión, véase Atkinson, A. y J. Micklewright, "Unemployment compensation and labor market transitions: a critical review", en *Journal of Economic Literature*, Vol. XXIX, 1991, págs. 1679-1727.

bien entre estos últimos priman los jóvenes, también se ha incrementado la participación de aquellos de mayor edad por los argumentos mencionados anteriormente.

Se ha considerado que esta evolución de la composición de la desocupación resulta relevante desde una doble perspectiva. Por un lado, por los efectos sobre el bienestar de este conjunto de activos. Por el otro, debido a su impacto sobre el funcionamiento del mercado de trabajo. En relación a este último aspecto, se ha enfatizado que el efecto que ejerce un nivel dado de desocupación sobre los salarios se reduce cuando aumenta la proporción de ese "núcleo duro", ya que una buena parte de sus miembros no son considerados como elegibles para las vacantes que existen o puedan abrirse.[22]

El actual proceso de crecimiento del desempleo en Argentina, que indudablemente está asociado a la reestructuración productiva, es relativamente reciente. No se aprecian, por tanto, modificaciones significativas en su estructura dada la relevancia que ha tenido –en la explicación de tal evolución– el aumento del flujo de personas hacia la desocupación. Sólo a fines de 1993 se aprecia un crecimiento de la participación del desempleo de larga duración (constituida por aquellos que han estado buscando durante seis o más meses) en el grupo de ciudades del interior consideradas (Cuadro 5). Por el contrario, la evolución de la composición de la desocupación de acuerdo a la duración ha mostrado, desde 1991, un comportamiento errático en el Gran Buenos Aires (Cuadro 5). De cualquier manera, cuando se efectúa la comparación con períodos previos a 1991[23] se advierte que la proporción de desocupados de larga duración ya se había incrementado en 1990. En relación a lo acontecido con la estructura etárea se aprecia que se eleva la presencia de desocupados mayores de 45 años en las ciudades del interior (Cuadro 6).

Si bien las evidencias son aún débiles, parecería estar conformándose lentamente un núcleo duro de desocupación.

Debe esperarse, además, que este proceso adquiera en países como Argentina una intensidad menor que en los europeos, salvo que se extienda el sistema de seguro por desempleo. La necesidad de contar con algún ingreso tiene dos efectos que resultan relevantes para el tema bajo discusión: por un lado, eleva la rotación entre empleo y desempleo y, por el otro, aumentan los episodios de terminación de la desocupación provocados por el flujo hacia ocupaciones no asalariadas. Ambos fenómenos debilitan la tendencia a la conformación de ese núcleo duro de desocupados. No obstante ello, debería esperarse que, al consolidarse el proceso de reconversión productiva, se vayan manifestando en el país cambios en la estructura del desemplo con el sentido antes comentado, cuya intensidad dependerá, entre otras cosas, de la extensión que pueda tener el seguro de desempleo.

[22] Véase, por ejemplo, Blanchard, O. y L. Summers, "Hysteresis in unemployment", en *European Economic Review*, Vol. 31, 1987, págs. 288-295.

[23] Estos datos no pudieron computarse para el interior del país.

Cuadro 5

Duración de la desocupación. GBA y aglomerados seleccionados del interior, Octubre 1986 a Octubre 1993 (%)

	Octubre 1986	Octubre 1988	Octubre 1990	Mayo 1991	Mayo 1992	Mayo 1993	Octubre 1993
Total aglomerados							
Hasta 2 meses	s/d	s/d	s/d	33,1	43,2	31,5	42,9
2 a 6 meses	s/d	s/d	s/d	41,8	36,7	39,8	31,4
6 a 12 meses	s/d	s/d	s/d	17,0	12,0	17,2	20,0
Más de 12 meses	s/d	s/d	s/d	8,0	8,1	11,6	5,7
Total	s/d	s/d	s/d	100	100	100	100
GBA							
Hasta 2 meses	64,9	58,2	33,9	31,8	44,2	29,9	45,2
2 a 6 meses	24,6	27,0	36,6	46,5	37,3	40,5	32,8
6 a 12 meses	7,1	9,7	14,8	14,7	10,5	16,6	17,6
Más de 12 meses	3,4	5,1	14,7	6,9	8,5	13,0	4,4
Total	100	100	100	100	100	100	100
Interior							
Hasta 2 meses	s/d	s/d	s/d	35,7	40,7	37,1	35,6
2 a 6 meses	s/d	s/d	s/d	32,5	35,3	37,2	27,0
6 a 12 meses	s/d	s/d	s/d	21,6	15,6	19,5	27,8
Más de 12 meses	s/d	s/d	s/d	10,2	8,4	6,2	9,7
Total	s/d	s/d	s/d	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia sobre datos EPH.

Cuadro 6

Evolución de la desocupación, por grupos de edad. GBA y ciudades seleccionadas del interior. Octubre 1986-octubre de 1993

Base mayo 1991 = 100

	Octubre 1986	Octubre 1988	Octubre 1990	Mayo 1991	Mayo 1992	Mayo 1993	Octubre 1993
Total							
Desocupados	s/d	s/d	s/d	100,0	102,3	158,5	144,9
Menores de 45	s/d	s/d	s/d	100,0	106,8	148,4	145,9
Mayores de 45	s/d	s/d	s/d	100,0	83,5	200,1	140,8
GBA							
Desocupados	66,9	87,9	93,2	100,0	109,7	187,5	166,2
Menores de 45	64,8	89,2	94,9	100,0	115,8	174,2	169,4
Mayores de 45	75,1	83,2	86,9	100,0	86,7	237,2	154,0
Interior							
Desocupados	s/d	s/d	s/d	100,0	87,8	102,1	103,5
Menores de 45	s/d	s/d	s/d	100,0	90,2	100,8	102,5
Mayores de 45	s/d	s/d	s/d	100,0	75,7	108,5	108,1

Fuente: Elaboración propia sobre datos de EPH.

V. Conclusiones

El plan de convertibilidad implementado a comienzos de 1991 posibilitó una significativa recuperación de la demanda agregada doméstica. Este proceso fue acompañado de un importante mejoramiento de la situación del mercado de trabajo durante el primer año, lo cual se manifestó en la expansión del empleo basado en el incremento de las ocupaciones formales plenas.

Desde mediados de 1992, sin embargo, comienzan a evidenciarse signos de deterioro que reflejarían los efectos de la reestructuración producida por las modificaciones en los marcos regulatorios. Si bien la ocupación continuó creciendo hasta la primera mitad de 1993, ello se explica por el fuerte aumento de la subocupación y de los puestos informales. Más aún, hacia fines de ese mismo año se verifica un estancamiento del empleo total.

El análisis de las razones de este cambio de comportamiento del empleo formal, que se observa a partir del segundo año de vigencia del plan de convertibilidad, sobrepasa los objetivos de estas notas. Al solo efecto de brindar algunas hipótesis, cabría considerar que las firmas se habrían encontrado hacia fines de 1990 con volúmenes de empleo que resultaban "adecuados", tanto a los (relativamente bajos) niveles de producción que venían registrando como a la protección efectiva que gozaban. De esta forma, para responder al drástico cambio en la demanda interna que se inicia a principios de 1991, muchas empresas incrementaron rápidamente los planteles. Sin embargo, los cambios en las tarifas aduaneras y la constante apreciación del tipo de cambio real habrían obligado a las empresas privadas manufactureras a reestructurarse con el fin de reducir costos. En este contexto, las reorganizaciones de los procesos productivos –con o sin inversiones en equipamiento– habrían provocado, tal como se señaló más arriba, la reducción de la ocupación. A este comportamiento que se observa entre productores de transables, deben agregarse los efectos de las privatizaciones de empresas estatales y de sectores de la Administración Pública. En las empresas formales productoras de servicios, la reducción del costo de las maquinarias, originada en la apreciación cambiaria, pudo haber inducido la introducción de cambio técnico ahorrador de mano de obra.

Además de aportar al análisis de lo acontecido recientemente, la discusión de las características de la evolución del mercado laboral argentino resulta significativa en un contexto donde es previsible una continuidad – e intensificación– de los esfuerzos por alterar la estructura productiva. Más allá de la razonabilidad que puedan tener los argumentos a favor de la profundización de los cambios en los patrones de acumulación, así como las opiniones acerca de la suerte final de la estrategia que se está implementando para alcanzar un sendero de crecimiento sostenido, las evidencias aquí presentadas sugieren que difícilmente el país deje de experimentar serias dificultades de empleo durante un tiempo más o menos prolongado. Tal evolución intensificará el proceso de heterogeneización social que no sólo se expresará en la consolidación –y aun acentuación– de la inequitativa estructura distributiva actual.[24] Cabe avizorar un comportamiento similar en lo que hace a las condiciones de trabajo y a la estabilidad laboral y de ingresos. Se mencionó más arriba que un resultado previsible, del cual sólo se tienen indicios muy débiles, es la conformación de un núcleo de desocupados con un bajo grado de empleabilidad: el formado por personas con edades avanzadas y/o que hayan atravesado largos episodios de desocupación.

En este contexto suele plantearse la discusión acerca de la conveniencia y la forma de desarrollar

[24] Este calificativo sigue siendo válido aun cuando la situación presente haya mejorado respecto de la que se verificaba antes del programa de convertibilidad.

políticas tendientes a morigerar los impactos negativos que tiene la reconversión sobre el bienestar de la población. Es posible identificar aquí dos posiciones básicas. Por un lado, la de aquellos que sostienen la necesidad de reforzar el proceso de desregulación del mercado de trabajo para acelerar el ajuste a través de la disminución de costos –tal como se discutió en la sección V–. Las acciones compensadoras que encare el Estado deben restringirse al ámbito de lo que usualmente se reconoce como políticas sociales. Incluso, pueden encontrarse argumentos que señalan que, como la transición es corta, aun los esfuerzos en el campo social deben ser cuidadosos. Se sugiere que estas políticas, más allá de la forma que puedan asumir, terminan atentando, en mayor o menor medida, contra el mismo proceso de consolidación del nuevo modelo. Esta preocupación sería aun más pertinente en el caso argentino, donde el cuidado por mantener estabilizada la economía debe seguir siendo un objetivo prioritario.

La otra posición considera que, además de la existencia de un espacio para el mejoramiento de la política social, resulta necesario que ya en el diseño y la ejecución de las medidas económicas se contemplen los efectos sobre el bienestar, lo cual implica un papel más activo del Estado durante la transición. Esta última posición es la que viene cobrando fuerza, tanto en el medio académico como en las discusiones que se originan alrededor de las políticas económicas de los países desarrollados. La revalorización de fenómenos ya conocidos en el análisis económico –como las fallas del mercado o el escaso efecto arrastre del crecimiento económico– aparecen como argumentos que apuntalan esta posición. En muchas oportunidades, las discusiones que se realizan en Argentina en torno a este tema no parecen tomar en cuenta a esta segunda visión. Se asume acríticamente el dogmatismo de "fallas del Estado", del cual se deriva que el mejoramiento del nivel y la distribución del bienestar están ineludiblemente unidos a una disminución del papel del Estado en lo económico (aun como regulador). Sólo sería viable encarar compensaciones a través de la política social.

Como toda estilización de los argumentos más habituales, la anterior presentación, alrededor de dos posiciones, agudiza las diferencias y no toma en cuenta los elementos comunes. Por ejemplo, difícilmente se niegue la necesidad de alguna regulación estatal en ciertos mercados. Sin embargo, la subordinación de tales acciones al logro de los objetivos centrales del modelo es clave entre los sostenedores de la primera visión. En este sentido, algunas de las recomendaciones que se derivan de la otra perspectiva – por ejemplo, un proceso más lento de apertura y desregulación – podrían entrar en contradicción con la necesidad de aprovechar una relación de fuerzas favorable que facilita la introducción de las profundas modificaciones en las reglas de juego que conlleva el proceso de reestructuración económica. La Argentina reciente

ha sido testigo de numerosos ejemplos en este sentido, donde el efecto positivo de la estabilidad y la debilidad de actores como los sindicatos han facilitado cambios rápidos y significativos en las reglas de juego.

Resumen

El artículo discute las transformaciones que se vienen produciendo en el mercado de trabajo argentino desde 1991, con el fin de hacer un aporte al análisis del escenario laboral que se va perfilando como producto del proceso de reconversión productiva en marcha.

Al inicio del período bajo análisis, se observa un crecimiento del empleo superior a la población, proceso liderado por las ocupaciones asalariadas de empresas formales. Sin embargo, hacia la segunda mitad de 1993 se quiebra esta tendencia y comienza a reducirse el número de ocupados. Pero ya desde 1992 se advertía un empeoramiento significativo de la situación laboral, reflejado en la reducción de los puestos asalariados formales. El rápido crecimiento del empleo de la segunda parte de 1992 y primera de 1993 estuvo basado, por tanto, en la expansión de ocupaciones no asalariadas. Consistentemente, cayó el peso relativo de la industria y se expandieron los de comercio y servicio doméstico.

El hecho de que el aumento del empleo haya ido acompañado de una fuerte elevación de la desocupación abierta, obedeció al inusualmente alto incremento de las tasas de actividad. En este contexto, se discuten también algunos de los argumentos que pueden permitir entender esta dinámica de la oferta de trabajo.

Abstract

This article includes a discussion of recent charges in argentinian labor market. It impact of contributes to the analysis of the industrial restructuring on the labor market.

Total employment was growing faster than population between 1991 and 1993, this was mainly due to what was happening with wage employment. From the middle of 1993, total employment fall. However, the overall labor situation began to worsen since 1992 as wage employment was falling. It means that total employment growth from mid-1992 to mid-1993 was due to non-wage occupations increase. Therefore, a reduction in the share of manufacturing in total employment and an raise of trade and domestic service took place.

Despite total employment growth during the period under analysis, open unemployment reached the highest known rates. This is explained by a significant expansion of the activity rates. A discussion is included of the factors which may help in explaining this labor supply evolution.